Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 50.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Descripcion del grabado de modas.—Mosaico de cuentas encontradas.—Tegido mosaico.—Mosaico calado.—Mosaico en enrejado.—Tres dibujos para punto de red ó de crochet.—Rizado para guarnecer zapatillas, etc.—Crochet para colcha.—Punto-presilla (crochet).—Explicacion de la página de abrigos.—El Doctor Antonio.—Bibliografía.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion de la anterior charada.

Descripcion del grabado de modas.

Los dos figurines representan un saco corto semi-ajustado (visto por delante y por detrás) llamado Luis XV. Se hace en gró de África negro, forrado y entretelado, y se le rodea con un rizado encañonado de cinta negra, que sube sobre las tres costuras, y termina en una roseta de cinta. Las mangas, abiertas, van sujetas con un lazo tambien de cinta; otro igual se coloca en el pecho.

El *trage (figurin visto por delante)* es de popelina gris, se adorna con un rizado de tafetan negro recortado.—El otro trage (visto por detrás) es de tafetan negro, orlado por un volante muy estrecho. Un rizado del mismo tafetan está dispuesto en puntas agudas: entre cada punta se halla un volante de tafetan violeta formando abanico.

Mosaico de cuentas encontradas.

Se le ejecuta con cuentas de Bohemia, y se le emplea para cordones de campanillas, tapetes de lámpara ó mesa, lambrequines de chimenea, etc.

Se *ensartan las cuentas* en algodon de hacer media, no torcido y muy grueso.

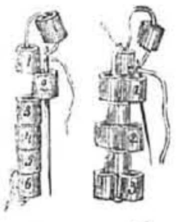
Para empezar este mosaico, se ensarta un número de cuentas suficiente para el ancho del objeto que se ha de ejecutar, esto es, para el número de filas de cuentas necesarias; pero si se quiere un objeto redondo, se ensartan cuentas bastantes para formar el contorno exterior; se comienza en *seguida por el medio de la redondela*, y despues se hace primero una mitad y luego la otra, trabajando de ida y vuelta, porque es mas fácil disminuir que aumentar el número de cuentas que se emplean.

El dibujo n.° 1 representa el principio de una cinta de mosaico que tenga 6 cuentas de ancho; las cuentas van numeradas. La que se halla en la hebra (*sin número*) pertenece á la 2.ª fila: se pasa la hebra al través de la cuenta 2,—se ensarta otra,—se pasa en el n.° 4,—una tercera,—se pasa en el n.° 6,—se vuelve la labor, se completa la segunda vuelta ensartando una cuenta, y pasando la hebra en el nú-

GRABADO DE MODAS.

© Biblioteca Nacional de España

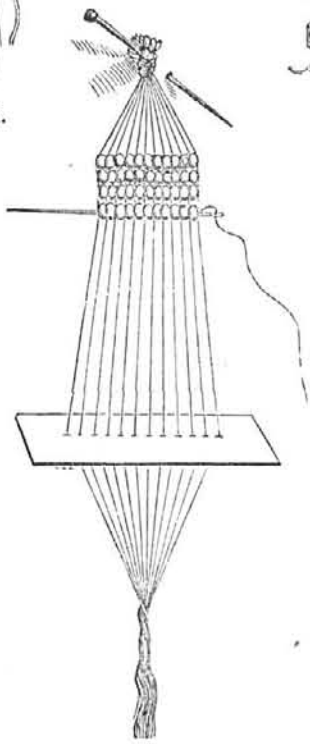
mero 1 (véase el dibujo n.º 2),—se ensarta una segunda,—se pasa el n.º 2; una tercera,—se pasa en el n.º 3, —y así sucesivamente.—Si la labor se hace con un número impar, con 5 cuentas por ejemplo, se ensartan alternativamente en una vuelta dos cuentas,—en la siguiente tres,—y la tercera cuenta se coloca como indica el dibujo n.º 3, esto es, que despues de haber colocado 2 cuentas, se ensarta la 3.ª, y se la asegura, no á una cuenta, sino á la hebra que va de una cuenta á otra. Se saca entonces la hebra pasando la aguja al través de la cuenta que se acaba de ensartar (véase el dibujo n.º 3), y se comienza la vuelta sigui nte que se compone de 2 cuentas: de este modo el algodon en el que se han ensartado las cuentas forma por un lado una especie de cadeneta, mientras que por el otro, en donde las vueltas se terminan como es costumbre, forma una línea de puntos muy semejante á las costuras pespunteadas.



N.º 1. N.º 2.

N.º 3.

El aumento ó crecido se indica en la fig. n.º 4. Muestra un ancho de 6 filas iguales, con aumento de una cuenta en la fila 7.ª. Al principio de esta se ensartan 3 cuentas en vez de una (véanse en el dibujo n.º 4 las cuentas 1, 2 y 3), de modo que atando la hebra á la vuelta anterior, dos de estas tres cuentas pasan mas allá de la labor. Se hace la 7.ª vuelta como de costumbre, y se comienza la 8.ª Cuando hay que sujetar la 3.ª cuenta, se pasa la hebra al mismo tiempo en las cuentas números 1 y 2,—despues, por fuera, en la n.º 3,—otra vez en la n.º 2,—de nuevo en la n.º 3,—luego por detrás en la n.º 1 y al mismo tiempo en la última de la 8.ª vuelta, junto á la cual se ensartan 2 cuentas, y se comienza una nueva vuelta. Esta indicacion basta para ejecutar todos los crecidos.



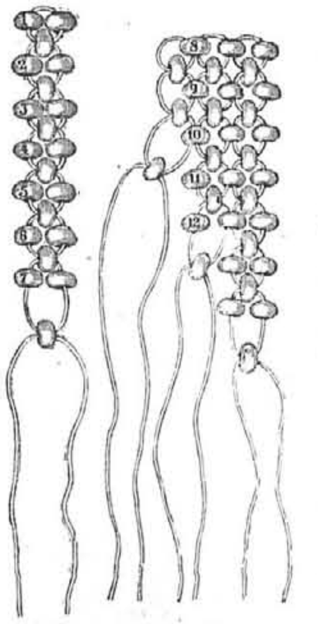
N.º 5.

Tegido mosaico.

Los dibujos números 5, 6. 7, 8, 9 y 10 pertenecen á esta labor.

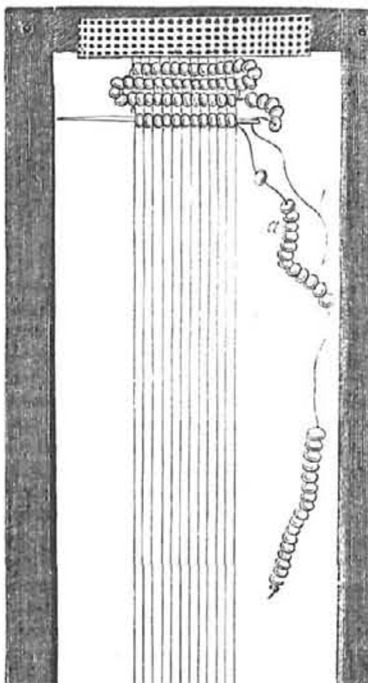
Esta labor se aplica á varios objetos, segun la especie de cuentas que se empleen en ella.

Las cuentas se ensartan en filas rectas y tegidas sobre hilos cuyo número debe ser uno mas que el de las cuentas ensartatadas. El largo de los hilos que sirven de cadena ha de ser suficiente para el que se ha de dar al objeto, porque en ellos no pueden hacerse nudos. Se los anuda juntos por uno de sus cabos; en este nudo se pasa un alfiler, se le asegura sobre un cogin pesado (véase el dibujo número 5); el otro extremo de los hilos se pasa por un pedazo de carton picado á distancias regulares. Para hacer la trama con cuentas venecianas, que son muy pequeñas, se emplea seda muy fina y una aguja lo mismo, puesto que tiene que pasar ensartada por cuentas que ya lo están. Estas últimas deben ser perfectamente iguales.



N.º 11. N.º 12.

Se ensarta la 1.ª fila de cuentas; se la coloca de izquierda á derecha, cerca del nudo: se aprietan las cuentas con el indice de la mano izquierda, de modo que haya una entre cada hilo de la cadena; despues se pasa la aguja de derecha á izquierda al través de las cuentas que se acaban de ensartar,—se ensarta una segunda fila, se procede del mismo modo, y asi sucesivamente. Cuando la tira se ha terminado, se aseguran los cabos de la cadena tan sólidamente como sea posible: algunas veces se doblan hácia abajo, y se los sujeta por medio de una cinta estrecha. Para una tira muy corta (un registro de libro por ejemplo), se evitan el que los hilos excedan de la cadena. Se toma, para ejecutar esta labor, un marquito de madera (véase el dibujo n.º 6): por uno y otro lado se le forra de una tela cualquiera, sobre la cual se cosen dos pedazos de papel Bristol perforado, iguales y colocados exactamente en frente uno de otro. Entonces se establece la cadena, pasando las hebras de seda al través del papel de un extremo á otro del marco, y se hace el tegido como hemos dicho ya. Es menester siempre formar la cadena con un hilo mas; por ejemplo, para 14 cuentas, 15 hilos.



N.º 6.

El dibujo n.º 6 indica al mismo tiempo otra variedad del tegido mosaico. En cada lado, las filas forman un asa ó dos, y entonces la labor se hace sobre dos hebras á la vez, señaladas en nuestro dibujo por las letras *a* y *b*. Si aconteciese que el principio y el extremo del hilo que ha servido para la cadena se encontrasen sobre el mismo pedazo de papel perforado, esto es, á un solo y mismo lado, pudiera empleárselos para la trama, esto es, para ensartar las cuentas: en el caso contrario, es menester atar una hebra á la derecha y otra á la izquierda de la cadena (en el mismo lado del marco). Se ensarta entonces en una de las hebras, que designarémos por la letra *a*, el número de cuentas necesario para muchas filas. Si se hace un dibujo, se deben observar las precauciones siguientes: 1.º las 5 cuentas destinadas á los dientecillos exteriores no deben nunca ensartarse en la hebra *a*,—se las coloca en la *b*;—2.º contando las cuentas que representan los puntos ó cuadros del dibujo, se va alternativamente de derecha á izquierda,—y luego de izquierda á derecha, —porque la hebra *b* sirve para sujetar las cuentas, y ella es la que se pasa en las filas ensartadas para fijarlas sobre la cadena y formar la trama. Se ensartan 5 cuentas en la hebra *b* para formar los picos ó dientes. Cuando se han asegurado las hebras, se atan otras nuevas, escogiendo cuentas de abertura grande para cubrir los nudos. Cuando se ha concluido la labor, se rompe el papel perforado.

N.º 4.

El dibujo n.º 7 representa un registro de libros concluido. Tiene una hoja de trébol sobre fondo de cuentas blancas de cristal, cenefa de cuentas doradas, dientes á los lados y un fleco á cada extremo.

Este registro se hace sobre 25 cuentas: la cadena tiene, por tanto, 26 hilos de 10 centímetros de largo. Para los dientes se ensartan de cada vez 2 cuentas de cristal, una dorada y otras dos de cristal. La franja ó fleco se compone de bucles de cuentas de cristal, terminándose por otro bucle pequeño que tenga en medio una cuenta dorada, y á cada lado una verde claro,—una verde oscuro,—una negra.

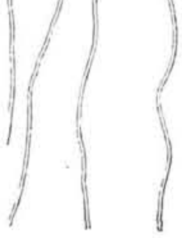
El dibujo n.º 8 es la hoja de trébol. La cenefa se continúa á lo largo del registro, como lo indica el dibujo n.º 9, que representa otro registro. El dibujo n.º 10 puede servir para objetos del mismo género.

Mosaico calado.

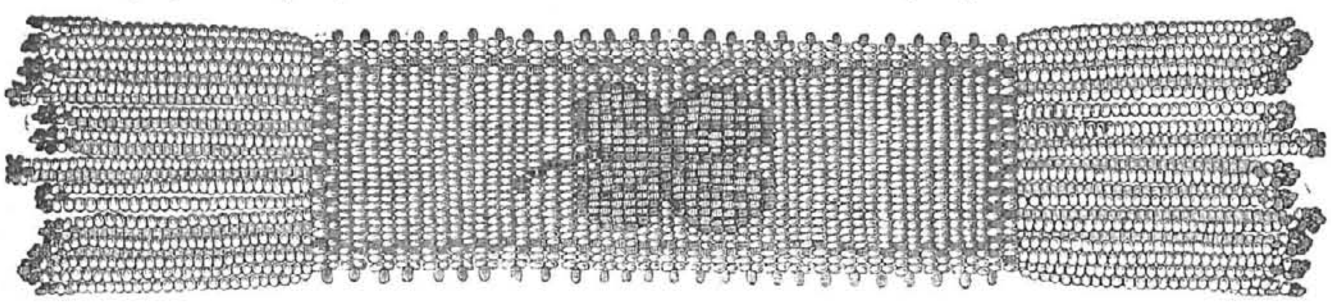
Los dibujos números 11, 12 y 13 pertenecen á esta labor.

Se harán con este dibujo tapetillos para frascos, jardineras y tambien cuadrados que tengan la dimension de cada cristal de la ventana, y remplacen las cortinas ó visos de vidriera.

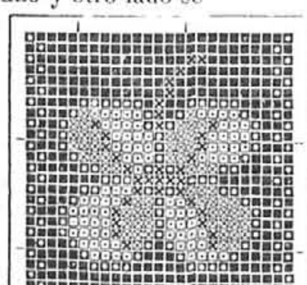
El dibujo n.º 11 indica el principio de esta labor. Se toma un hilo muy largo, á cada extremo del cual se ensarta una aguja, y que se sujeta por su mitad sobre un cogin; se trabaja con las dos hebras, en cada una de las cuales se ensarta una cuenta; despues se cruzan las dos hebras en una tercera cuenta,—se ensarta otra cuenta en cada hebra, —se las cruza en otra tercera, y así sucesivamente como indica el dibujo. Las cifras colocadas en uno de los lados sirven para la vuelta siguiente, que se hace, como esta, sobre una hebra ensartada en dos agujas (véase el dibujo n.º 12). En lugar de ensartar una cuenta en una de las dos hebras, se la pasa por la cuenta de la vuelta anterior (cuenta n.º 1),—se ensarta una cuenta en la otra hebra, despues se cruzan las dos hebras en una sola cuenta, como se hizo antes, —y asi se sigue, pasando la hebra de la derecha al través de las cuentas numeradas.—Ahora solo describirémos la vuelta que termina la labor (véase el dibujo n.º 13). Despues de haber preparado una hebra ensartada en una aguja por cada estremo, se pasa una de estas hebras por la cuenta n.º 8, se ensarta una cuenta en la cual se cruzan las dos hebras, se pasa la hebra á la derecha por la cuenta n.º 9, —se cruzan las



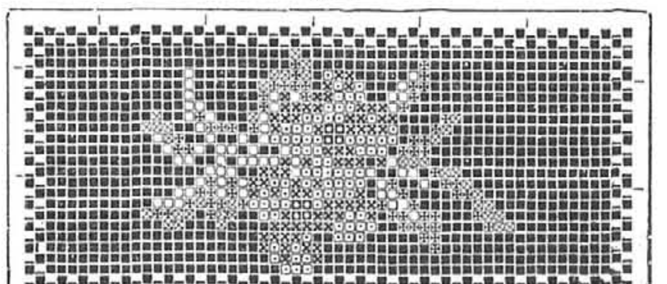
N.º 13.



N.º 7.



N.º 8.—Signos: ▫Oro. ▫Verde claro. ▫Id. oscuro. ✕Negro. ■Cristal blanco.



N.º 9.—Signos: ■Cuentas blancas de cristal. ▫Oro. ▫Acero. ▫Bronce claro. ⊞Id. oscuro. ▫Negro. ▫Rosa. ✕Rubi.

N.º 10.—Signos: ✕Negro. ▫Oro. ■Cristal blanco. ▫Verde.

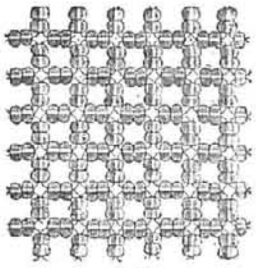
© Biblioteca Nacional de España

dos hebras en una cuenta que se ensarta, y así se continúa.
Los cab(s de hilo se pasan en las cuentas inmediatas antes de cortarse.

Mosaico en enrejado.

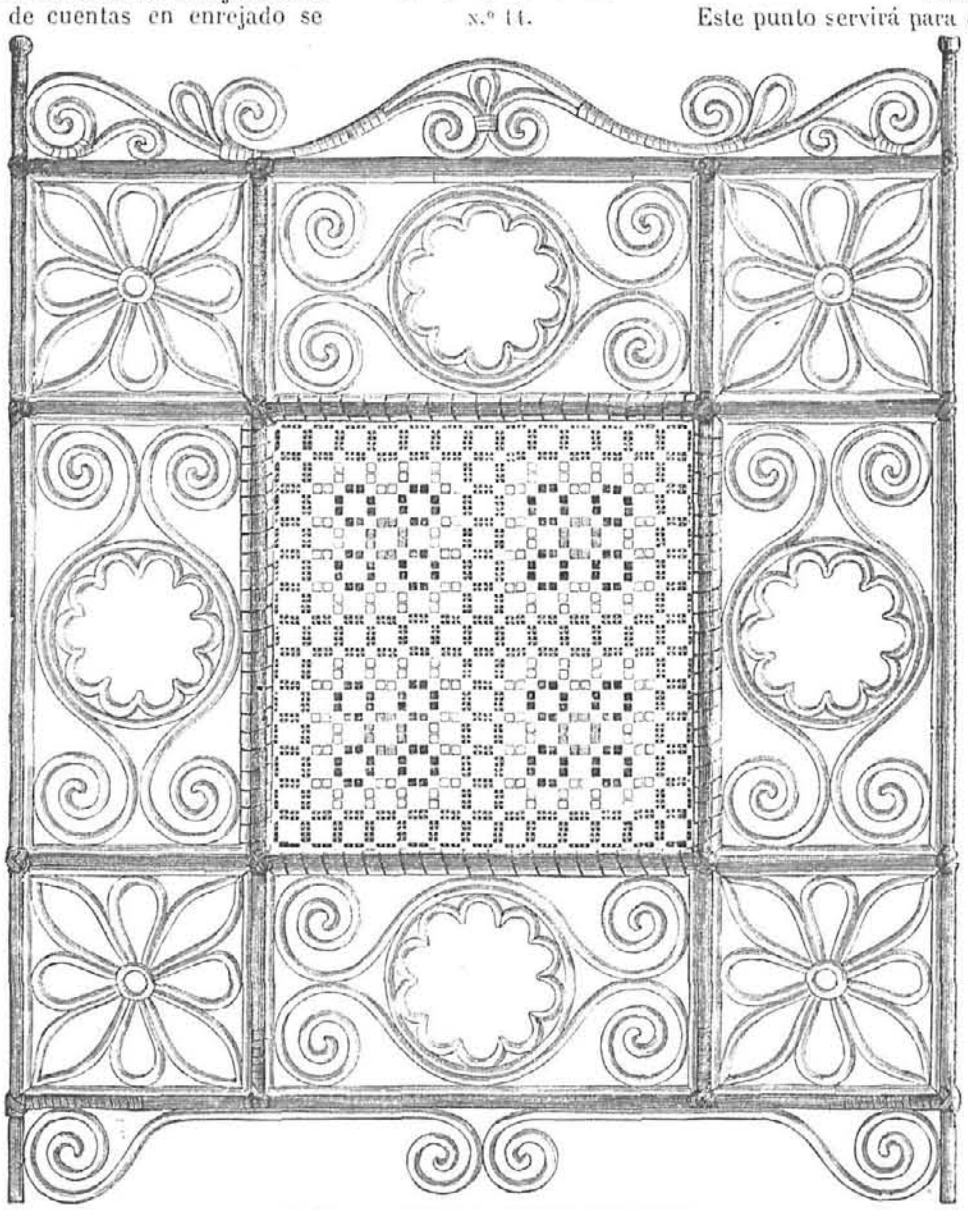
Los números 14 y 15 pertenecen á esta labor.

Se hace como el anterior, con la diferencia de que se ensartan siempre *dos* cuentas, en vez de *una*, para cada hebra, y tambien para cruzar las dos hebras (véase el dibujo n.º 14).



N.º 14.

El dibujo n.º 15 representa uno de los lados de una jardinera en tamaño reducido. El mosaico de cuentas en enrejado se arma en un marco de junco. Este mosaico se hace con las cuentas cuyos colores van indicados por los siguientes signos: ▪ bronce claro, ▪ bronce oscuro, ▫ negro, ▫ cuentas blancas de cristal.



N.º 15.—JARDINERA EN MOSAICO DE CUENTAS.

Tres dibujos para punto de red ó crochet.

Dos de estos dibujos pueden prolongarse en todos sentidos. El cuadro del medio se hace aisladamente, se le empleará en forma de tablero, haciéndolo alternar con cuadros de muselina de dibujos, ó bien bordada.

Rizado para guarnecer zapatillas, etc.

Podrá tambien emplearse este rizado para guarnecer cogines de sofá, tapetes de lámpara, etc. — Nuestro modelo se hace con cinta verde de 4 centímetros y 1/2 de ancho, y cinta negra de 2 centímetros. Se pliega por el medio cada una de estas cintas, en seguida, despues de haber co'ocado la cinta estrecha en el centro de la otra, se ejecutan los adornos con cuentas de acero.

Crochet para colcha.

Este punto es muy fácil de ejecutar; se le hace al crochet *sencillo*, de ida y vuelta. Se emplea lana blanca céfiro, — lanas inglesas amarilla, negra, azul, encarnada y verde. Se devanan juntas estas 5 últimas lanas, y con las 5 hebras reunidas se hace una cadeneta de 18 puntos, sobre los cuales se hace una vuelta de puntos sencillos. Las tres vueltas siguientes se labran con la lana blanca sencilla; para la vuelta que sigue se vuelven á tomar las 5 hebras: se hacen 3 puntos sencillos, y, con el 4.º punto se rodean las 3 vueltas hechas con la lana blanca. Se continúa del mismo modo para toda esta vuelta, despues de la cual se hacen 3 con lana blanca, y así sucesivamente, pero cuidando, como lo indica el dibujo, de hacer alternar los puntos largos, hechos con la lana inglesa. El revés de la labor se convierte en derecho de la colcha, la cual se hace por tiras separadas, que despues se reunen por una vuelta de puntos cadenetas, ejecutadas con lana color castaño.

Punto-presilla (crochet).

MATERIALES.—Lana céfiro verde-mar,—lila,—blanca,—negra: seda de Argel color maiz: varios crochets de madera.

Este punto servirá para colchas ú otros objetos análogos. Se acostumbra hacer la labor por tiras separadas ó por cuadros.

El punto-presilla es una variedad del crochet tunecino; se compone, como éste, de dos vueltas que van da derecha á izquierda y despues de izquierda á derecha.

Se hace una cadeneta algo apretada, sobre la cual se vuelve del modo siguiente:

1.ª *vuelta del dibujo*, de derecha á izquierda.—En cada punto de la cadeneta se pasa la hebra, se conserva sobre el crochet.

2.ª *vuelta del dibujo*, de izquierda á derecha. Se toma la hebra sobre el crochet, se la pasa al través de los 3 últimos puntos, se los deja caer fuera del crochet: se vuelve á tomar la hebra, se la pasa al través del último punto que acaba de hacerse, despues en los 3 siguientes. Nuestro dibujo indica esta operacion (véase crochet A) y la division de los puntos.

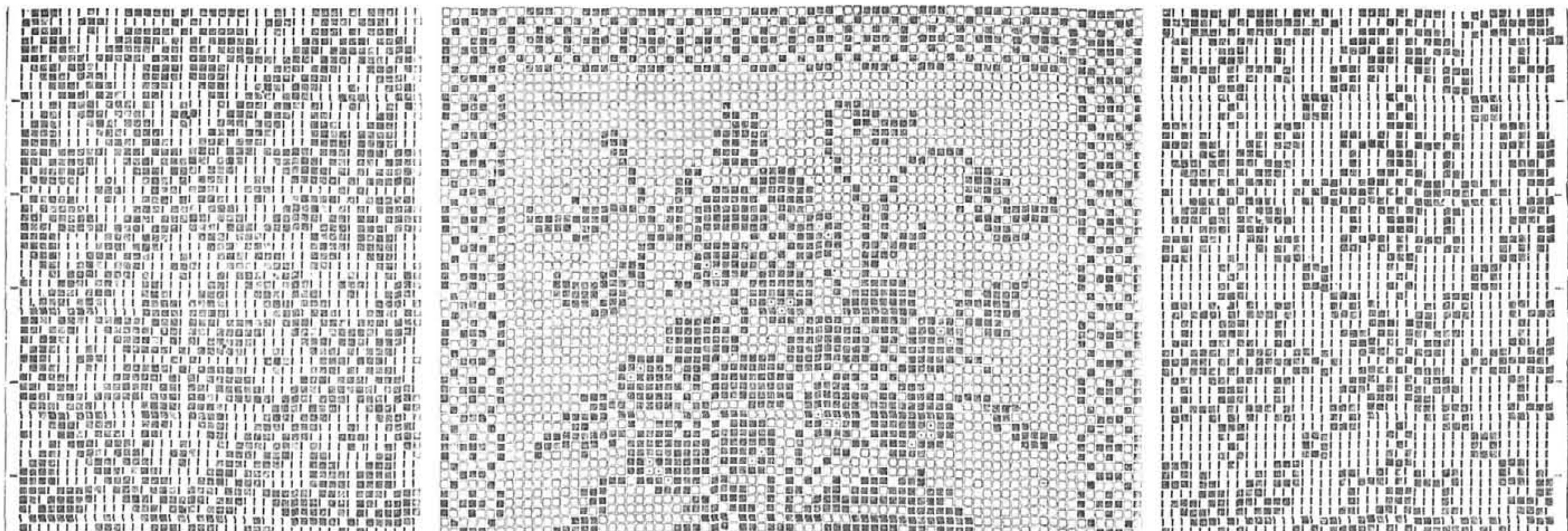
3.ª *vuelta*, de derecha á izquierda. En el lado perpendicular de cada uno de los puntos desmontados tres á tres, se pasa la hebra que se conserva en calidad de punto sobre el crochet, pero picando éste en el lado de detrás de los puntos de la vuelta anterior, á fin de que estos queden intactos por el derecho, y parezcan semejantes á presillas enlazadas (véase el dibujo, crochet B).

Vuelta de izquierda á derecha. Como la penúltima, pero cuidando de dejar caer fuera del crochet juntos los 3 puntos que se han demostrado ya del mismo modo en la vuelta penúltima (véase el dibujo).

Todas las demás vueltas son semejantes á las dos últimas.

Despues de haber explicado este punto, describiremos nuestro modelo, que se compone de un fondo y de una orla, hechos por separado y cosidos despues.

El fondo es verde con rayas negras. Se hacen al-



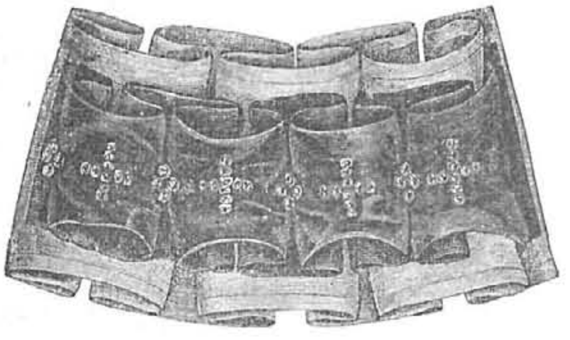
TRES DIBUJOS PARA RED Ó CROCHET.

© Biblioteca Nacional de España

ternativamente en la 1.ª vuelta 15 puntos verdes,—3 negros: se dejan las lanas por el revés sin cortarlas: la 2.ª vuelta se hace toda con la lana verde.

Las 8 vueltas siguientes se hacen como las dos anteriores, despues la 9.ª (de derecha á izquierda) toda con lana negra,—la siguiente toda con lana verde, Se vuelve á empezar desde la 1.ª vuelta, y así se continúa.

La orla se hace sobre 21 puntos formando 7 presillas; el fondo es blanco,—los lunares mas oscuros con lana lila,—los menos oscuros con seda maiz. Despues de haber cosido la orla al rededor del fondo, que se ejecuta el rizadito que lo rodea, y para el cual es menester emplear cierto número de cro-



RIZADO PARA GUARNICION DE ZAPATILLA, ETC.

chets, porque seria imposible conservar todos los puntos en uno solo. Se toma la lana blanca, y se pasa la hebra en cada uno de los puntos del borde del fondo: se desmontan estos puntos (vuelta de izquierda á derecha) con la lana lila, y se hacen 3 puntos en el aire antes de desmontar cada punto; con el 4.º punto en el aire, se deja resbalar fuera del crochet el punto de la vuelta anterior. En el otro lado de la orla se hace otro rizado igual.

Con el punto-presilla se pueden ejecutar dibujos de tapiceria: en este caso los 3 puntos que forman una presilla se contarán por un punto de tapiceria. El cambio de colores se efectúa entonces solo en la vuelta que va de derecha á izquierda; la que va de izquierda á derecha se hace con la lana empleada en el fondo. Tambien pueden hacerse salpicados de palmas ó de ramitos de flores.

Explicacion de la página de abrigos.

N.º 1.—*Albornoz* de paño-terciopelo gris oscuro, rodeado de tiras de tafetan negro, formando un arabesco en cada esquina: borlas de seda negra y seda gris.

N.º 2.—*Sobretodo* de paño gris, adornado de pasamaneria negra.

N.º 3.—*Paletot* de terciopelo negro, orlado con un rizado de cinta de raso negra: los adornos de las mangas, de los hombros y del talle son de pasamaneria negra.

N.º 4.—Paletot semi-ajustado de terciopelo azul fuerte, orlado por un galon de pasamaneria negra calada.

N.º 5.—*Pelliza* de gró de Africa negro, sujeta en los hombros por dos pliegues gruesos asegurados por botones: esta pelliza se adorna con costuras pespunteadas de seda violeta, rodeando una pasamaneria negra.

N.º 6.—*Sobretodo* semi-ajustado de paño gris, adornada con trencilla, galon y rizados de tafetan negro.

N.º 7.—*Pelliza* de paño color Habana; las mangas se cortan de un solo pedazo con la espalda: los adornos se componen de terciopelo del mismo color, pero mas oscuro, sobrepuesto y orlado á punto de cadeneta.

N.º 8.—*Paletot* corto de terciopelo negro, adornado con tiras de raso negro, orladas de galon estrecho.

N.º 9.—*Salida de baile* de cachemira blanca, guarnecida de tafetan azul y encage negro.

N.º 10.—*Paletot* de paño negro, señalando el talle, con adornos de trencilla.

N.º 11.—*Talma* fruncida de terciopelo negro, adornada de pasamaneria y de rizados de raso negro.

N.º 12.—*Paletot* corto de paño-terciopelo, color de arena, adornado con botones de acero y costuras pespunteadas.

NOVELA.

—22—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

El dia señalado Fontana despues de haber confesado y comulgado y despues de haber recibido la bendicion pontificia, subió al elevado andamio desde el cual debia dirijir la operacion.

Sus órdenes debian ser comunicadas por medio de campanas y de banderas de diversos colores, de modo que los obreros que no estaban al alcance de la voz pudiesen oir y obedecer.

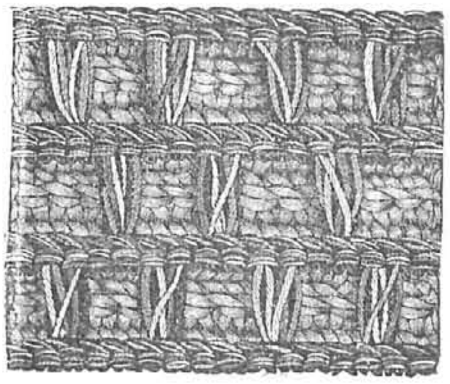
La plaza del Vaticano cubierta de una muchedumbre compacta parecia estar empedrada de cabezas.

Sin duda debió presentar un espectáculo grande é imponente aquella inmensa reunion de hombres mantenida por la voluntad de uno solo tan inmóvil y silenciosa como si en lugar de un pueblo hubiese sido un pueblo de estátuas. El papa Sixto V. desde el asiento elevado que ocupaba, miraba á sus piés aquella multitud sin voz en su presencia.

Por fin, se dió la señal, comenzaron á trabajar las garruchas y las cuerdas, y la masa de granito principió á levantarse lentamente.

Fontana movió sus banderas, el papa se inclina con curiosidad, los miles de personas que domina contienen su aliento,—un minuto, y el enorme monolito se alza en su puesto.

De repente resuena un chasquido de mal agüero, el obelisco se queda inmóvil un segundo y luego baja algunas pulgadas; las cuerdas aflojadas por la traccion ya no le sostienen. El papa frunce el ceño; Roma entera



CROCHET PARA COLCHA.

palidece. Fontana pierde su presencia de ánimo.

—¡Agua! ¡Agua! gritó de repente una voz. ¡Mojad las cuerdas!

Fontana obedece á esta feliz sugestion; arrojan agua á las cuerdas, el cáñamo aflojado se contrae, los trabajadores se ponen con nuevo ardor á la obra, y en algunos instantes la majestuosa columna se queda en pié y se detiene ante aquella muchedumbre pasmada de admiracion, como una prueba nueva y gloriosa de la audacia y del genio del hombre.

Aquel cuya oportuna intervencion habia hecho alcanzar tal resultado, era el capitan de un buque mercante llamado Bresca y natural de San Remo; probablemente en el curso de su vida de marino habia observado en ocasiones semejantes la accion del agua sobre el cáñamo aflojado. Sea como quiera, á pesar del servicio incontestable que acababa de hacer, los guardias suizos que no conocian mas virtud que la sumision á su amo, ni otro crimen que la desobediencia, prendieron á Bresca y le llevaron á presencia del papa. La conocida severidad de Sixto V. dejaba pocas esperanzas por la vida del capitan.

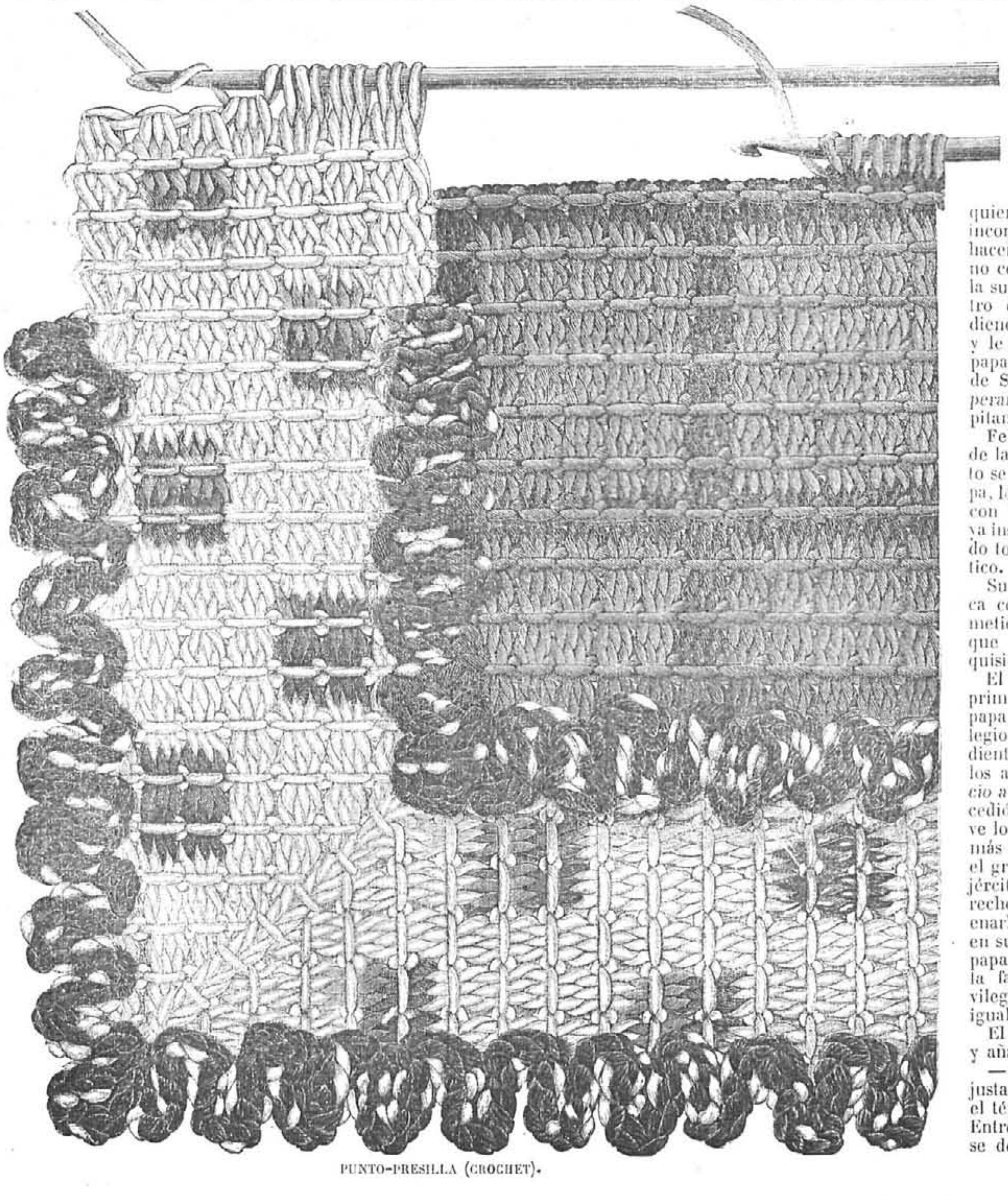
Felizmente, el buen éxito de la empresa en que tanto se habia empeñado el papa, le dispuso á la clemencia con respecto al hombre cuya inspiracion lo habia salvado todo en el momento crítico.

Su Santidad recibió á Bresca con benevolencia y prometió concederle el favor que le pidiera fuese cual quisiere.

El buen capitan pidió en primer lugar la bendicion del papa, y en segundo el privilegio para él y sus descendientes de suministrar todos los años las palmas al palacio apostólico. El papa concedió por medio de un breve lo que le pedian, y además dió á Bresca el título y el grado de capitan en el ejército pontificio con el derecho de llevar el uniforme y enarbolar el pabellon papal en su buque. El breve del papa existe aun en poder de la familia Bresca, y el privilegio que concedia existe igualmente.

El doctor hizo una pausa y añadió:

—La historia ha venido justa, pues henos aqui ya en el término de nuestro viaje. Entre esas dos montañas que se desvanecen á lo lejos, se



PUNTO-PRESILLA (CROCHET).

© Biblioteca Nacional de España

CONFECCIONES DE ABRIGOS.

© Biblioteca Nacional de España

extiende el valle de Taggia. Ese rio que entra en el mar á cien pasos de aquí, es el Argentino, el orgullo de los habitantes de este valle, y de tiempo en tiempo su azote tambien, pues cuando ha crecido con los torrentes de la montaña, muge como un toro furioso y lo arrastra todo á su paso.

Dos minutos de marcha llevaron á nuestros viajeros á una plazoleta en donde se cruzan el camino de Taggia y el de Niza. Aqui les esperaba una carretela descubierta.

El camino que tomaron atravesaba unos olivares cuyas ramas reunidas por arriba formaban por encima de sus cabezas una bóveda de verdura.

—¡Qué bonitos estudios para un pintor serian esos troncos retorcidos! exclamó Lucy; no he visto nunca una coleccion mas pintoresca de árboles viejos.

—Digan lo que quieran observó el doctor, sobre el efecto monótono de los olivos vistos en masa, no se puede negar á ese árbol considerando individualmente la variedad y la originalidad de la forma.

—No seguramente, respondió Lucy; por mi parte confieso que tengo mi flaco por los olivos. Hablan á mi corazon y á mi imaginacion. Me recuerdan el símbolo de paz que la paloma llevó á Noé; la selva movediza de ramas de olivo que acojió á nuestro Salvador á su entrada en Jerusalen; el huerto donde oró y padeció...

Bajo la impresion de las santas ideas que se despertaban en su mente, Lucy se parecia en verdad á una de las divinas matronas que nos ha dejado el Guido.

Antonio no se sorprendió ya de la equivocacion de Battista.

—Doctor, le dijo al cabo de una pausa, quisiera una de esas ramitas que cuelgan sobre nuestras cabezas.

Antonio se la dió, y ella se puso á examinar las hojas verde oscuro por un lado y gris plateado por el otro. Poco tiempo tardaron en llegar á Taggia. Extraña ciudad es Taggia con su aspecto de la edad media, sus calles con bóvedas sombrias y arcos misteriosos y sus vistas al campo cubierto de verdura.

Lucy se sorprendia al ver el crecido número de macizos puentes de piedra que atravesaban las calles tocando de casa á casa, y que como la explicaba su cicerone, tenian por objeto proteger á los habitantes contra los terremotos.

Otra cosa que tambien llamaba mucho la atencion á la jóven inglesa, era el descubrir de trecho en trecho sobre los escalones de las puertas platos de naranjas, de limones y de verduras sin nadie que los guardara.

Su sorpresa aumentó cuando supo que esas frutas y esas verduras estaban allí en venta; con efecto, el que necesita tal ó cual artículo, le toma y deja su valor que es de uno ó dos cuartos.

Este sistema comercial hizo reir al baron; quien observó, que aunque era muy ingenioso y económico, no podria plantearse en muchas partes.

Nuestros viajeros llegaron en seguida á una calle mas ancha que las otras, donde un gran número de personas de todas clases, vecinos, sacerdotes, artesanos y jornaleros estaban reunidos en grupos, ó se paseaban bajo los arcos que reinan á cada lado.

—Este es el Pantano, exclamó el doctor Antonio, que es como si dijéramos la Bolsa y el Regent-Street de los habitantes de Taggia. Aqui se hacen los negocios y aquí se pasean las personas de importancia. Ese militar alto es el gefe de los carabineros, una de las potencias de Taggia. Si permanecemos aquí algunos minutos mas, no tardará en marcharse para extender un parte oficial diciendo que el doctor Antonio atravesó el Pantano á las cuatro y cinco minutos de la tarde en compañía de una señora y de un caballero extranjeros; suceso importante que llegará á noticias de mi amigo el comandante de San Remo antes de que el sol se halle en el ocaso.

—¿Hablais de veras? preguntó Lucy; me parece imposible que nadie se ocupe en tales cosas.

—¡Cómo! exclamó Antonio; ¿sir John no podria ser un general francés disfrazado que viene á promover trastornos en Taggia? Nuestra policía está siempre alerta para salvar de tales peligros al país.

Todos se quitaron el sombrero al pasar nuestros amigos, y mas de un saludo afectuoso dirigido en particular al doctor, vino á probar que este se hallaba en pais conocido.

Antonio hizo una señal á un jornalero alto y delgado y de cabello rubio, diciendo al mismo tiempo á Lucy:

—Es el artista que hizo vuestro sillon, miss Davenne.

El jóven despues de saludar á Lucy y á su padre estrechó la mano al doctor Antonio.

A este acto de familiaridad se dibujó en la fisonomía de sir John su gesto ordinario; es decir, solo una mitad, pues haciendo un valeroso esfuerzo, el baron logró suprimir la mitad restante.

Sin embargo, esta impresion desfavorable desapareció en breve ante el modo afable y respetuoso con que el jóven ebanista introdujo á nuestros viajeros en su taller, vasta sala donde hallaron á un mozo ocupado en modelar una cabeza.

—Ese jóven, dijo el doctor, tiene una aficion loca á la escultura; sin haber aprendido modela cabezas y hasta figuras de cuerpo entero. Está en vísperas de ir á Roma, donde una familia rica y generosa de ese pais le ha ofrecido pagar todos sus gastos, y mucho me engaño si el nombre de Salvatore Revelli no llega á ser dentro de poco un nombre ilustre en la república de las artes (1).

(1) Antonio acertaba. Revelli con la obra que expuso en Génova en 1849, se colocó de repente entre los jóvenes escultores que prometen mas; la obra era un bajo-relieve representando un episodio de la vida de Cristóbal Colon y destinado al monumento que elevan á Colon los genoveses.

Y este tambien, continuó el doctor, sin su obstinacion en querer vivír en el Pantano, habria podido adquirir fama y fortuna. Pero enseñadnos vuestras obras.

El número de los objetos de arte no era grande;—¿para qué aumentarle cuando los que estaban en el taller no hallaban compradores?—pero sin embargo, los que habian eran suficientes para probar la habilidad y buen gusto del obrero. El todo se reducia á unos cuantos cuchillos de cortar papel, carteras ricamente labradas, y tres mesas de una ejecucion admirable.

En una de ellas habia una série de personajes con los diferentes trages de los habitantes de la Riviera; pero el trabajo estaba hecho con tal perfeccion que Lucy no pudo menos de exclamar:

—Esa obra no es de un ebanista, es de un artista que no solo dibuja con perfeccion, sino que es un colorista de primer órden.

—Mi amigo, dijo Antonio, es acreedor á todo el mérito de la composicion y de la ejecucion, pero no hay otros colores en esas figuras que los de las maderas que las componen.

Lucy no sabia á qué atenerse, y sir John tuvo necesidad de añadir el testimonio de sus anteojos al de su propia vista, antes de admitir el hecho. En seguida ofreció comprar todo lo que le habian enseñado, sintiendo dijo el doctor, que el surtido del ebanista no fuese mas considerable.

Antonio y sus amigos se despidieron del escultor que se confundia en acciones de gracias; y á la salida del taller siguieron todavía algunas calles, cuyas casas coronadas de terrados no presentaban en su cumbre mas que verdura y sol, en tanto que todo era sombra por abajo; hasta que al fin llegaron á un puente que estaba sobre el valle.

Enfrente sobre una cuesta muy alta estaba Castellaro dorado por los rayos del sol.

¡Qué brillante y qué hermoso! dijo Lucy; es el pueblo mas bonito del mundo.

—¿Pero no parece que está á punto de arrojarse al valle?

—Sí por cierto, repuso riendo el baron; preciso es que los que habitan las casas de delante tengan la cabeza firme.

A la mitad del puente vieron una columna de piedra con una Madona y una inscripcion latina.

—Otro terremoto, exclamó el doctor; esa inscripcion dice que en junio de 1831 el temblor detruyó dos arcos del puente, el tercero, y el en que estamos ahora. Dos niños, hermano y hermana, que pasaban por el puente cuando tuvo lugar el sacudimiento, fueron precipitados con este arco, que es el undécimo, y ¡cosa singular! no se hicieron daño ninguno. En reconocimiento de esta especie de milagro, el padre mandó elevar esa columna con una inscripcion conmemorativa del hecho.

Al pié de un senderillo rápido un poco mas allá del puente, nuestros viajeros encontraron dos hombres que los esperaban con dos mulas.

El doctor dijo que preferia ir andando.

Sir John una vez montado, abrió su paraguas y pasó delante seguido de cerca por su hija.

—Nunca he visto peor camino que este; seguramente la parroquia no gasta mucho dinero en sus caminos.

—Ya será mejor en cuanto entremos en el territorio de Castellaro, dijo el doctor Antonio. Castellaro ha insistido mas de una vez cerca de Taggia sobre la necesidad de poner en mejor estado esta parte de camino; pero no adivinariais nunca la respuesta de Taggia... Es esta: —«Taggia no tiene necesidad de Castellaro; Castellaro si necesita venir á Taggia, por consiguiente que gobierne á su costa todo el camino.» Tales son las nociones de economía política que aquí se tienen.

El aire vivo de la montaña impregnado con el aroma del romero y el tomillo que crecen en abundancia por todas partes, principió á obrar como un estimulante agradable en nuestros viajeros, cuya animacion se aumentaba á cada paso.

Sir John estuvo bastante poético, para comparar los enormes racimos amarillos de la retama que cubria la colina con las sonrisas que asoman á un semblante arrugado.

Lucy con su alegría infantil comenzó á arrojar á la cabeza de Antonio cada flor que este la daba.

Antonio la llamaba traidora, y fingiendo un espanto mortal huia á esconderse detrás de las rocas y los árboles.

Nada mas alegre que las carcajadas con que Lucy respondia á los dichos de Antonio; nada mas cómico que la gravedad con que el doctor la prevenia que no se volviera furtivamente, porque así se quitaba el placer de la sorpresa.

Una vez salió de un escondite agitando un enorme ramillete de flores del mas risueño aspecto. Del centro de cada una de las grandes flores blancas que tenia en la mano salian unos pétalos estambrosos de un color de lila oscuro.

La admirable delicadeza del conjunto de la flor la daba cierto parecido con una cola de pavo real.

—¿Qué es eso? preguntó Lucy.

Es el *capparis spinosa*, respondió Antonio, y esas flores que admirais tanto, no son mas que alcaparras abiertas, de esas alcaparras cuyos usos culinarios son tan conocidos.

Esta noticia no enfrió la admiracion de miss Davenne que hasta llegó á confesar su gusto decidido por las alcaparras. Viendo que Antonio prendia algunas de esas flores en su sombrero cónico, Lucy quiso llevar tambien algunas en el suyo.

Sir John cuyo buen humor parecia inalterable, permitió igualmente que le adornasen de la misma manera; por último, los dos guias tuvieron su parte del ramillete, y nuestros viajeros ataviados así, atravesaron la aldea de Castellaro, llamando un poco la atencion, pero acogidos siempre con las señales de respeto y de simpatía que les habian acompañado por todas partes. De tiempo en tiempo un aldeano se acercaba á Antonio y le pedia que fuese á ver á un enfermo; pero como el caso no era urgente, el doctor respondia con una sonrisa y dejaba la visita para el dia siguiente.

Un camino ancho y bueno (lo que sir John llamaba un camino de cristianos), se habria al Norte á la salida de la aldea y seguia serpenteando por el revés de la colina, ora ocultando, ora dejando distinguir la fachada del santuario á que daban sombra dos enormes encinas.

—Los Castellini que han hecho este camino con el sudor de su frente, dijo Antonio, le enseñan con orgullo, y ciertamente tienen derecho para ello. Ellos cuentan cómo cada uno de los guijarros con que está empedrado fué traido de las orillas del mar por los habitantes; los mas ricos empleaban mulas para este trasporte, los demás se cargaban las piedras á hombros, y todo el mundo, pobres y ricos, jóvenes y viejos, niños y mujeres trabajaban de dia y de noche por amor á la Madona. La Madona de Lampedusa es su fé, su ocupacion, su orgullo, su idea fija.

—¿No hay alguna tradicion sobre la santa imágen? preguntó Lucy.

—Sí por cierto, respondió el doctor.

—Desearia saberla.

—Todo lo que tiene relacion con la santa imágen, repuso Antonio, así como la fecha y las circunstancias de su traslacion á Castellaro se halla contenido en dos inscripciones, una en latin y otra en versos italianos, que se pueden ver en el interior de la ermita. Andrés Anfotto, natural de Castellaro, siendo capitan de piratas, fué atacado un dia y cogido por los turcos que le llevaron á la isla de Lampedusa; pero él logró escaparse y esconderse hasta que el buque turco que le habia capturado se marchó de la isla. Anfotto, hombre de recursos, se puso á construir una embarcacion, y hallándose apurado para adquirir una vela, apeló á un expediente tan atrevido como original: quitó del altar de una iglesia ó capilla de la isla un cuadro de la Madona, que debia servirle de vela. Ahora bien, esta vela de nueva especie llenó tan bien su objeto, que Anfotto despues de una travesía feliz, llegó de nuevo á las riberas de su patria.

Así en un acceso de generosidad el corsario ofreció su santa vela á la veneracion de sus compatriotas. Pero aun hay mas; se eligió por aclamacion un sitio á dos tiros de fusil del santuario actual; se levantó en ese sitio una capilla, y en ella se depositó la ofrenda con los honores debidos. Pero segun parece, la Madona tenia una repugnancia invencible al lugar que se habia elegido, pues todas las mañanas hallaban el cuadro exactamente en el puesto que hoy ocupa la ermita. Pusieron centinelas á la puerta de la capilla, toda la aldea estuvo en pié durante una porcion de noches guardando la entrada, pero las precauciones fueron inútiles. A despecho de aquella vigilancia el cuadro se trasladaba, por un poder milagroso, á su lugar predilecto.

Los Castellini acabaron por comprender que la Madona queria que su residencia fuese trasportada adonde su imágen iba todas las noches, y aunque habia escogido el punto mas alto y escabroso de toda la montaña, un lugar donde era preciso levantar arcos á fin de dar á la capilla cimientos sólidos, los buenos habitantes pusieron *con amore* manos, á la obra que una revelacion tan clara les imponia, y se construyó esa capilla cuya celebridad no tiene rival en muchas leguas á la redonda.

Esto pasaba en 1619. Con el tiempo agregaron algunos cuartos para comodidad de los visitantes y de los peregrinos; construyeron un terrado, y en el dia se proyectan mas embellecimientos que sin duda se ejecutarán, pues aunque los Castellini no son ricos, tienen en su favor esa palanca poderosa contra la cual no hay obstáculos,—la fé que produjo las cruzadas.

En el momento en que Antonio cesaba de hablar, John y miss Hutschin, dos personajes que tenemos olvidados hace tiempo, se acercaban para ayudar á Lucy á que se apeara.

Lucy se volvió entonces y abrazó de una ojeada el admirable paisaje que se desarrollaba delante de ella.

Al Norte una larga série de gargantas negras y profundas cortadas á pico, cerrada en el horizonte por un cortinaje gigantesco de montes de los Alpes cubiertos de nieve;—al Sur el espacio majestuoso del Mediterráneo;—al Este y al Oeste hileras de colinas sobrepuestas en suaves ondulaciones; y luego en la llanura el fresco y agradable valle de Taggia con su corriente de agua que resplandecia al sol y su rico cinturon de huertas, vasto mosáico que ofrecia todos los matices del verde é incrustado de arabescos de plata.

Aquí y allá un granado tardío en flor desplegaba orgullosamente su follaje purpurino. Enfrente se elevaba en anfiteatro la sombria Taggia, tan séria en sus bastiones y en sus torres de la edad media como un convidado descontento sentado á un espléndido festin.

Un poco mas lejos hácia el Oeste la vista distingia lanzándose de un grupo de cipreses al campanario de la iglesia dominicana, y mas lejos aun la cumbre del último peñasco, el santuario de Nuestra Señora de la Guarda, cuya blanca silueta se destacaba sobre el azul oscuro del cielo.

—Hija mia, exclamó el baron, ¿no podrias dejar el entusiasmo para despues de comer?

Estas palabras pronunciadas en un tono de súplica in-

© Biblioteca Nacional de España

terrumpieron la silenciosa contemplacion de miss Davenne que corrió al lado del baron.

Al punto les sirvieron una excelente comida, en la que sir John tomó su parte con un apetito que decia mucho en favor de las cualidades higiénicas del are de la montaña.

Terminada la comida, Lucy propuso tomar el café sobre el terrado, lo que fué aceptado por su padre. Fueron pues al terrado, y sir John despues de haber saboreado su café y pagado un tributo de admiracion á la sorprendente hermosura del paisaje, sacó el *Times* del bolsillo, y se sumerjió en las terribles columnas del apreciable diario.

Lucy y Antonio observaban en un éxtasis silencioso las maravillas de aquella hora de la tarde.

El firmamento estaba límpido y brillante como el acero; tres nubecillas parecidas á tres largos chales de gasa anaranjada se cernian únicamente al Oeste. El sol escondido detrás de la cresta de la cordillera occidental, lanzaba sobre el valle á través de las brechas formadas por las montañas mas bajas rayos oblícuos que parecian columnas de fuego.

A medida que el disco resplandeciente desaparecia, la sombra tomaba ensanche enfrente sobre la montaña, y como una marea de ondas oscuras arrojaba delante de sí las anchas olas de luz, y las estrechaba por grados hasta reducirlas á una simple línea purpurina, que se detenia un instante sobre las sombras mal altas como para dar un postrer adios, y luego, desaparecia enteramente.

Etonces la primera hilera de montañas recobró de repente la rigidez de sus contornos, en tanto que las cúspides mas lejanas detrás de las cuales se habia puesto el sol, flotaban en una bruma diáfana de lapizlázuli y de rosa.

El cielo era en el Occidente como un horno majestuoso cuyos escondidos reflejos teñian de carmesí la nieve lejana de los Alpes, y alumbraban el horizonte de la mar. Un momento despues desapareció la claridad rojiza, la sombra se condensó en el valle, y los desfiladeros del Norte se oscurecieron rápidamente. Los tonos de color de fuego del Oeste se habian perdido en tintas rosadas; estas á su vez se cambiaron en un resplandor verdoso y nacarado que pasó del gris al azul, hasta que por fin Occidente y Oriente se hallaron sumergidos en un azul oscuro igual por todas partes y esmaltado acá y acullá con una estrella trémula.

—¿Y nuestras bonitas nubes? preguntó Lucy.

—Desaparecieron, respondió Antonio; emblema de muchas esperanzas brillantes que se desvanecen cuando uno se entrega á ellas.

—Pero volverán mañana, dijo Lucy con mucha sencillez.

Y como al decir esto, inclinara un poco la cabeza hácia Antonio, la brisa de la tarde llevó hasta los labios del doctor algunas de las trenzas de oro de la jóven, como pidiéndole que las besara.

—¡Quien sabe, exclamó, si mañana esas cumbres no estarán cubiertas por nubes sombrías preñadas de rayos!

Los maravillosos juegos de luz y de sombra que por consideracion á la paciencia de nuestros lectores hemos despachado sin rodeos en algunas líneas, habian tardado en producirse una hora justa, cuyo primer cuarto habia pasado sir John en leer su periódico, el segundo en hallar una postura cómoda, y los dos restantes en un profundo sueño.

Por esto entrámbos jóvenes se hablaban bajo, y al hablarse así sucedia que de tiempo en tiempo se inclinaban el uno hácia el otro.

La calma solemne de la tarde fué interrumpida de repente por las campanas de las seis iglesias de Catellaro que tocaban la oracion, y á las cuales respondieron en una sucesion rápida las de las iglesias mucho mas numerosas de Taggia y de los conventos lejanos de los capuchinos y de los domínicos. Era el concierto mas suave y melancólico que puede imaginarse.

Sir John cambió de posicion, pero no se despertó; y Antonio se puso á recitar al oido de Lucy estos versos incomparables del Dante citados tan á menudo y que siempre se oyen con grado:

Era già l'ora che volge il disio
A'naviganti, e'ntenerisce il cuore
Lo di c'han detto à dolci amici: a Dio;
E che le nuovo peregrin d'amore
Punge, se ode squilla di lontano
Che paja il giorno pianger che si muore.

«Era la hora que despierta el deseo de los navegantes,
» y enternece el corazon de aquellos que en aquel mis-
» mo dia se han despedido de sus buenos amigos; la
» hora que hace estremecer al jóven peregrino de amor
» si oye á lo lejos el sonido de una campana que pare-
» ce llorar el dia que muere.»

—Hasta ahora no habia comprendido bien lo patéticos que son esos versos, exclamó Lucy; el dolor de estar lejos de la patria, ese dolor que los anima, penetra hasta el fondo del corazon; deben haber sido escritos á la hora en que nos encontramos.

—Y por un desterrado, añadió Antonio; probablemente los ojos del ilustre gibelino estaban clavados en una cordillera de montañas como la que se eleva á nuestra vista...

Y cambiando de tono añadió:

—Pero estamos hablando, y la noche nos cubre de sombra; es tiempo de que me vaya á mi casa.

—¡A vuestra casa! repitió Lucy sorprendida; sin duda no ireis esta noche á Bordighera.

—¡Oh! no, dijo Antonio; no podeis suponer que yo sea un acompañante de tal inconstancia. ¿Veis aquella masa blanca, allí á la izquierda de Taggia con luces en el interior?

—Ya me habia llamado la atencion esa casa, dijo Lucy; tiene un aspecto misterioso.

—Es lo que llamo yo mi casa cuando vengo á Taggia.

—Está bastante lejos, dijo Lucy; ¿no podriais quedaros aquí?

—No hay ningun cuarto.

—¿No teneis amigos en Castellaro?

—No tengo ninguno que me sea tan caro como la persona que me espera en Taggia.

—¿Tanto quereis á ese amigo?

—Quiero y reverencio á esa mujer con toda mi alma, respondió Antonio.

Lucy guardó silencio.

—¿No recordais, continuó Antonio, que os dije una vez, que de todos mis amigos el que ocupa el primer puesto en mi corazon es de vuestro sexo? Pues bien, ahora voy á su casa. Adios, hasta mañana; y deseo que soñeis cosas agradables... ¡Dios mio! ¡Qué frias teneis las manos! Sin embargo, el aire no es fresco... entraos al instante y tomad una taza de té bien caliente. Adios, no puedo permanecer mas tiempo.

Aunque sir John; que ya estaba despierto, pidió muchas veces á su hija que se entrara, Lucy pormaneció en el terrado hasta que hubo visto una sombra negra atravesar el puente por medio de una lluvia de luciérnagas que en aquel momento daban al valle el aspecto de un mar de estrellas movedizas.

Entonces, solo entonces se levantó y se fué con su padre que habia entrado á pedir el té.

Dos horas mas tarde la misma figura alta que habia atravesado el puente, estaba asomada á una de las ventanas de la casa misteriosa, destacándose en relieve sobre la luz que alumbraba el interior.

Si en aquel instante se hubiese murmurado al oido de aquella forma humana que estaba sumerjida en una contemplacion silenciosa: «Hay en cierta parte, y no muy lejos, una persona que no duerme por ti,» ¡cómo se habria estremecido y temblado!

Es muy cierto en verdad que el hombre mas primitivo y mas apasionado no puede prever todo lo que la tierna sensibilidad de una mujer puede inventar para crearse tormentos.

La figura acabó por desaparecer; cerró la ventana suspirando, y pronunció con fervor estas palabras que salieron del fondo de su alma:

—¡Dios la colme de bendiciones!

XVI.

NUEVOS PERSONAJES Y NUEVOS INCIDENTES.

En el puesto de honor, es decir, al pié de la balaustrada que separa el altar mayor del resto de la capilla, encontramos á la mañana siguiente á las ocho á Battista y Speranza arrodillados escuchando con devocion la misa que dicen para ellos.

El altar sobre el cual se eleva la imágen milagrosa oculta con una cortina, está ricamente adornado, y la pared que le rodea, como las paredes de las dos capillas mas pequeñas á los dos lados de la nave, están cubiertas de *ex-voto*, consistentes la mayor parte de ellos en corazones de plata, piernas ó brazos de plata y algunos niños de plata tambien, fajados como se acostumbra en Italia.

Asimismo se ven muchos cuadritos, de los cuales los nueve décimos representan naufragios espantosos.

Terminado el servicio divino, el viejo sacristan abre la balaustrada y hace señal á los novios de que se adelanten.

Entonces los concurrentes, sobre todo las mujeres, se precipitan al altar. Se encienden los cuatro cirios que están delante, luego se levanta la cortina lentamente al sonido de las campanillas, y se vé aparecer un cuadro de corta dimension representando tres personajes, la Santísima Vírgen y el Niño Divino, cada uno con una aureola en la cabeza, y á su lado santa Catalina.

Los fieles dejan oir á media voz una exclamacion general de satisfaccion: sus ojos resplandecen de júbilo al contemplar la imágen. El sacristan tambien está radiante.

Speranza de rodillas y encarnada como una cereza, presenta su ofrenda que es un enorme corazon de plata; Battista presenta la suya como escondiéndose; es un coche que acaba de volcar, en cuyo cielo está la Madona sentada en una nube.

Despues de una corta oracion á la que responde la asamblea, el sacerdote se retira.

El sacristan mientras apaga lentamente los cirios, sostiene con algunos de los presentes una conversacion particular sobre los progresos que hace la pintura; otra vez se oye la campanilla se baja el cortinaje y se retiran los fieles.

Concluida así la ceremonia, el doctor Antonio llevó á Lucy á la izquierda de la capilla por una bóveda sobre la cual estaba el terrado donde se habian sentado en la tarde anterior á contemplar el asombroso espectáculo del sol en el ocaso.

—Si quereis dejaros guiar, la dijo, os llevaré á una parte donde os prometo una agradable sorpresa.

—Como gusteis, respondió Lucy.

Esta frialdad en aceptar una proposicion hecha con alegría, tan diferente de su gozo ordinario en tales casos, hizo que Antonio clavara en ella la vista y la dijera:

—Temo que no hayais dormido bien esta noche.

—Al contrario, respondió la jóven con cierta sequedad, en mi vida he dormido mejor.

Antonio la miró mas aun pero en silencio. Ni siquiera la ofreció el brazo, pero ella guardaba andando cierta distancia que debia autorizarle á pensar que en aquel momento no deseaba su apoyo.

Despues de haber vuelto un ángulo agudo formado por una roca, llegaron á una meseta cubierta de rosales silvestres.

Aun en el estado actual de su espíritu, Lucy no pudo menos de alegrarse á su vista.

—Aquí estaba la capilla primitiva, dijo Antonio; podeis ver los restos de los cimientos entre los rosales; retiraos un poco pues si no pueden haceros daño estas espinas.

Y al pronunciar estas palabras se metió él en el sitio mas intrincado y comenzó á cortar á diestro y siniestro: despues, arrancando cuidadosamente las espinas hizo un magnífico ramillete y le entregó sin decir una palabra á Lucy, que tambien le recibió en silencio.

Lucy y el doctor se fueron al terrado donde estaban los novios. Cogido así de improviso el pobre Battista que aun no habia logrado dominar el temor y la respetuosa admiracion que Lucy le inspiraba, se puso encarnado como un tomate, y trató de ocultarse detrás de Speranza, maniobra que todos distinguieron sin hacer caso; por consideracion al jóven, Antonio fué á buscar una mesita para miss Davenne, y esta se puso á dibujar debajo de un toldo que habia preparado Speranza.

El doctor se despidió diciendo que tenia que visitar algunos enfermos tanto en Castellaro como en Taggia. Battista se alejó gradualmente hasta que acabó por desaparecer, y Speranza se sentó á trabajar en algunas de sus galas de novia al lado de su jóven bienhechora, á quien vamos á dejar por algunos instantes.

Entre los muchos ociosos que eran el ornato del paseo de Taggia y que por consiguiente habian visto á nuestros amigos atravesar el *Pantano*, se contaba el señor Orlando Pistachini, empresario y primer galan de la compañía dramática que llevaba su nombre y las delicias del respetable público de Taggia.

Al decir esto último empleamos una frase un tanto hiperbólica copiada textualmente de los carteles manuscritos pegados en las cuatro esquinas del *Pantano*. Si tuviéramos que establecer los hechos en su verdad histórica, diriamos, que como nadie iba al teatro, la compañía en cuestion no podia hacer las delicias de nadie.

Tambien somos dueños de declarar que el honorable *cuerpo dramático* se moria de hambre; posicion muy desagradable, y por la cual el infeliz empresario en ayunas estaba apoyado con aire bastante abatido en una columna de piedra, calculando cómo y de qué manera podria procurarse una comida.

Arrancado de sus tristes preocupaciones por la llegada de los extranjeros, Orlando Pistacchini se llevó maquinalmente la mano á su sombrero, pensó un instante en lo que podrian haber tomado para almorzar, y luego volvió á caer en sus penosas reflexiones.

Pero cuando la trompeta de las cien bocas, ó hablando con menos poesía y mas exactitud, cuando nuestro amigo el ebanista esparció por todas partes la noticia de que los dos compañeros del doctor Antonio eran nada menos que el *Milordo inglese* de Bordighera y su hija que iban á Lampedusa, donde pensaban permanecer un par de dias, un rayo de luz cruzó por la mente del empresario, y le hizo entrever una série de almuerzos y de comidas.

Nuestro hombre corrió á su casa á toda prisa, se sentó á su mesa y escribió lo que sigue:

«*Ilustrísimo Milordo*:

»Cuando un amigo y un protector de las artes de vuestra categoría y generosidad se encuentra tan de cerca con discípulos y adoradores de Melpomene y de Talía, humildes es verdad, pero sinceros como nosotros, seriamos muy indignos seguramente de este nombre de artistas que constituye nuestro orgullo, si no ofreciéramos respetuosamente al noble representante del ARTE y de la GRAN BRETAÑA un testimonio público de nuestra respetuosa simpatía y de nuestra deferencia. Con este fin la compañía dramática de Pistacchini prepara una funcion extraordinaria que tendrá lugar mañana 22 de junio y se compondrá del quinto acto de la célebre tragedia:

ARISTODEMO

seguido de la interesantísima comedia:

EL MAESTRO EN APUROS.

»En cuyas piezas Orlando Pistacchini tendrá el honor de desempeñar los papeles de Aristodemo y del Maestro. Tal es la diversion para la cual solicitamos el patrocinio del Mecenas inglés, y pedimos humildemente el honor de su presencia y el de su incomparable hija. Todo Taggia irá al teatro para honrar á personas tan distinguidas. Esperamos que no faltareis. ¡Ay! La musa está muy descuidada en el dia, ¿y que será de ella si no la sostienen las manos nobles y generosas? Os suplicamos pues encarecidamente que no falteis. Es una súplica del muy humilde y obediente servidor de V. E.

» ORLANDO PISTACCHINI,

«Empresario y primer galan de la compañía.»

«Nota.—No se economizará nada para dar á la funcion

© Biblioteca Nacional de España

el esplendor que conviene en una circunstancia tan gloriosa. El teatro estará iluminado *à giorno* y entre la tragedia y la comedia se soltarán palomas. Confiamos demasiado en vuestro noble corazon para que temamos una negativa.»

Orlando sacó dos copias de esta especie de *último canto* de un empresario á dos dedos de su pérdida; la segunda con ligeras variantes destinada á miss Davenne, y se acostó «para tratar de dormir.»

Al otro dia él y su esposa la signora Rosalinda (figura redonda como una bola y un poco asmática), se vistieron con sus mejores galas y se encaminaron bañados por el sol á Lampedusa.

Casi al mismo tiempo sir John Davenne habia tenido el capricho despues de almorzar, de ir á leer su periódico á la sombra de una de las dos encinas que despliegan su bóveda de follaje á pocos pasos en frente del santuario.

La sombra era muy densa; soplaba una brisa del Norte, y sir John al cabo de una hora sintió que tenia un poco de frio; se levantó y con los ojos clavados en su periódico, comenzó á pasearse con lentitud por el sol, tomando justamente como impelido por su mala estrella, la direccion de Castellaro. El baron saboreaba con delicia un ataque terrible contra el jefe whig del Parlamento por un miembro de la oposicion, cuando de repente cayó sobre su papel como una sombra.

Levantó los ojos y se encontró cara á cara con una mujercilla repleta que llevaba un sombrero de color de rosa muy ajado, y un individuo alto, delgado y amarillo que no tenia mas que el pellejo y los huesos. Los dos personajes alargando los brazos se acercaron haciendo gestos y de un modo enteramente teatral.

Sir John prosiguió su paseo; pero el hombre y la mujer resoplando de calor y de fatiga conservaron su puesto á cada lado del baron estupefacto, y continuaron valerosamente sus estrambóticas demostraciones.

Sir John incomodado dió media vuelta y luego alargó el paso de modo que parecia que corria; la pareja dramática se volvió tambien y apresuró la marcha en la misma proporcion.

La mujer en particular brincaba detrás del baron con encarnizamiento.

—¡Misericordia! exclamó Speranza que por casualidad miró en aquel instante por aquel lado; ¿por qué corre así el baron?

—¿No veis un hombre y una mujer que le persiguen? dijo Lucy espantada; quizá son ladrones.

—¡Oh! no; repuso Speranza; no hay peligro; es el empresario del teatro de Taggia, el señor Pistacchini con su mujer. Voy á ver lo que quieren.

Un instante despues sir John llegó al terrado sin aliento y de muy mal humor.

—¿Qué es eso, padre mio? preguntó Lucy.

—No lo sé, murmuró sir John; dos vagabundos que me siguen como mi sombra aullando como demonios. No comprendo una palabra de lo que dicen. No le dejan á uno en este pais ni aun en la cumbre de una montaña.

—Speranza los conoce, dijo Lucy tratando de calmarle; son cómicos de Taggia que de seguro no tienen malas intenciones.

—¿Qué me importa que las tengan ó no si me incomodan? respondió el baron; la peste se los lleve.

Lucy se calló.

Speranza volvió en el mismo instante con los dos famosos memoriales, contó que el signor y la signora Pistacchini habiendo oido decir que miss Davenne y sir John se hallaban en las cercanias, habiendo resuelto dar una gran funcion en su honor, y se presentaban á pedir que el padre y la hija honraran el teatro con su presencia.

—Los pobres están rendidos, dijo Speranza, y su voz se apagó murmurando algunas palabras al oido de Lucy.

—¡Se mueren de hambre! exclamó Lucy, cuya voz vibró con una sorpresa dolorosa. Padre mio, esos infelices han venido á pié de Taggia y no han almorzado.

—Y bien, repuso el padre gruñendo; si no han almorzado, que les den de comer y se acabó.

Speranza recibió la órden de que les sirvieran una buena comida, y de decirles que miss Davenne tendria gusto en recibirlos despues.

Lucy leyó las cartas y tradujo á su padre, no sin reirse á carcajadas la que estaba destinada al baron. Sir John no pudo menos de sonreirse de lo que él llamaba el estilo hambriento del memorial. ¿Añadiremos que el incienso que exhalaba, á pesar de su tosca calidad, lisonjeó agradablemente el amor propio del digno gentleman, y que la idea de la llegada del Mecenas inglés halló gracia ante sus ojos?

—¿Vamos á la funcion, padre mio? exclamó Luy cuando le vió un poco calmado.

—Sí, para volver despues de las doce por ese maldito camino; es imposible, hija mia. Al signor *Pastaccani*, ó como se llama, le importa poco nuestra presencia, lo que quiere es dinero; dáselo, y que se vaya.

—Bueno seria preguntar al doctor Antonio lo que se debe hacer, repuso Lucy. Esos infelices están muy mal; y sin embargo, añadió titubeando, ¡es difícil ofrecer dinero á personas que no lo piden, y que quizá han visto dias mejores!

—Prueba y verás si no lo aceptan, dijo sir John levantándose para marcharse.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

CADIZ EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.
CUADRO HISTÓRICO POR EL ILLMO. SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO.

Entre los obsequios dispuestos por el Excelentísimo Ayuntamiento con ocasion de la reciente visita hecha á esta ciudad por S. M. la Reina, fué uno el de ofrecerle una reseña de los notabilísimos acaecimientos que tuvieron lugar en Cádiz durante la guerra de la independencia; época de inmarcesible gloria, magnífica epopeya de los tiempos modernos, y que cuenta muy pocos ejemplos en los antiguos. La nacion española se elevó entonces de un solo vuelo á la altura de la sublimidad. ¿Pero de qué habrian servido tantos sacrificios, tanto valor, tan tenaz porfía, heroicidad tan incontrastable, si Cádiz no hubiese desnudado su espada, si no hubiese amparado tras de sus muros de acero á los hombres que podian constituir un centro de accion, un gobierno, una cabeza que reasumiese, por decirlo así, aquella nacionalidad, que organizase la defensa del pais, que representase la autonomia nacional y utilizase su energía y su fuerza poderosa, que de otro modo se habria consumido en esfuerzos aislados, casi individuales, é impotentes por tanto á contrastar el empuge de numerosas, aguerridas y disciplinadas huestes que habian esclavizado á la Europa entera.

Tal fué Cádiz; tal fué sobre todo en la época de su memorable sitio.

Una Reina entusiasta por las glorias de su patria, debia desde luego acoger con placer vivo la rápida enumeracion de estas preciosas glorias, de las que tanta parte cupo al pueblo que á la sazon visitaba, y véase por qué el Ayuntamiento interpretó fielmente, á nuestro modo de ver al menos, los deseos de este pueblo, ofreciendo á la augusta señora este recuerdo de lo que Cádiz entonces hizo, como garantía de lo que en todos tiempos está dispuesta á hacer. Si en esto hay orgullo, es ciertamente un orgullo muy legítimo; es tomar cada cual el lugar que le pertenece, el lugar que ha sabido conquistarse por eminentes servicios.

Dada pues la oportunidad de este obsequio, era preciso tomar en cuenta lo apremiante del tiempo. Pensar, escribir, dar á la estampa, encuadernar convenientemente una obra dedicada á tan escelsa persona, y eso en breves dias, eran cosas todas que reclamaban un poderoso esfuerzo de trabajo y una decision á toda prueba, unidos á una segura garantía de éxito en el escritor á quien semejante tarea se encomendase. Este escritor solo podia ser nuestro especial amigo el Sr. Castro, autor de la Historia de Cádiz y de su provincia, cuya primera parte ha salido ya á luz, y cuya segunda actualmente se escribe. Los conocimientos especiales que en la materia posee el expresado señor, el prodigioso número de datos que para aquel trabajo ha tenido que recolectar, lo galano de su estilo y su laboriosidad incansable, eran otros tantos elementos que aseguraban el éxito de la empresa.

Las esperanzas del municipio no fueron defraudadas esta vez, porque no podian serlo. De su acuerdo á la terminacion completa del libro solo mediaron algunos dias, y al llegar SS. MM. á Cádiz ya estaba aquel en disposicion de serles ofrecido, como en efecto lo fué, encuadernado lujosamente en muaré blanco con primorosas cantoneras de oro, ocupando el centro un escudo de las armas reales cincelado en el mismo metal.

Pero qué es este libro?

Su autor le ha dado su verdadero nombre; es un *Cuadro histórico*, que comprende todos los sucesos acaecidos en Cádiz durante el glorioso periodo de la guerra de la independencia. No debia llamársele historia, porque la historia no puede descender á esos cien pormenores, que sin embargo dan una idea de lo que era la sociedad durante un determinado espacio de tiempo, que retratan, por decirlo así, á un pueblo en épocas tan anormales, tan raras, tan nuevas como aquella. La guerra estranjera y la lucha de opuestos principios políticos se ven en primer término, siendo Cádiz la arena donde estos encontrados principios luchaban de frente; tras estos grandes objetos, propios de la historia, veíanse surgir controversias literarias, rasgos de portentosa escentricidad, personalidades, errores, dichos populares, actos de heroismo y de amor patrio, á los que no se daba importancia bastante para hacerlos pasar á la posteridad, porque eran comunes, porque no se hacian por ostentacion, porque en aquella inmortal guerra la patria era el todo, y ante sus aras desaparecia el hombre.

Desde 1808 hasta principios de 1810, Cádiz fué poco mas ó menos lo que fueron las mas de las capitales de España. El alzamiento nacional se consumó aquí con no menor entusiasmo que en parte alguna; pero aquí como en otras partes, corrió sangre, quizá inocente: aquí tambien la violencia del esfuerzo costó vidas. Los hijos de este pueblo no fueron ciertamente de los últimos en correr á empuñar las armas; pero, lo repetimos, no fué nada de esto lo que distinguió á Cádiz de lo demás del suelo español.

Sitiada la Isla gaditana en el año ya dicho, convirtióse esta en asiento del gobierno, en cabeza del país, en centro de la defensa nacional. Desde las torres de nuestras casas veíase, segun la aguda expresion del calesero allí citada: «la frontera de Francia;» el estampido del cañon, el estrépito de las bombas que derrumbiaban nuestros edificios, daban claro testimonio del peligro inminente que corria, no ya tan solo Cádiz, sino la patria entera; y sin embargo jamás penetró el desaliento en los corazones: la alegría andaluza se mostraba siempre festiva é ingeniosa, y el caer de cada nuevo proyectil era la señal de algun dicho agudo por lo despreciativo, de alguna copla burlona lanzada por el vulgo contra los que tenia por esfuerzos impotentes del poder colosal que oprimia con su mano de hierro la Europa entera, desde Moscow hasta el Puerto de Santa María.

Al estruendo de los cañones que en las líneas enemigas festejaban los dias del titulado rey de España, hacia eco en la misma hora un periódico de Cádiz, insertando una sangrienta cuanto donosa sátira contra el usurpador (sátira que en el libro se copia íntegra) y que principia así:

«Salud, gran rey de la rebelde gente;
Salud, salud, Pepillo diligente,
Protector del cultivo de las uvas
Y catador experto de las cubas:
Hoy te saluda mi insurgente mano
Desde el grandioso emporio gaditano.»

¿Rasgos de esta especie no son dignos de conservarse, de trasmitirse á la posteridad?

Felicitamos por tanto al municipio por su pensamiento, y no menos á nuestro amigo el Sr. Castro por su brillante ejecucion. Pero como no se hizo de este curiosísimo libro sino una cortísima edicion de lujo, que no está venal, nosotros desearíamos que se hiciese otra mas modesta para el público. Los hijos de Cádiz, los de toda España, deben poseer esta obra, recuerdo de la gloria inmarcesible por sus padres alcanzada. Ella es una ejecutoria para todos los españoles. ¿Por qué privarlos de adquirirla?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN VERDE DE DOS PUNTOS DE COLOR. La enagua, recortada en puntas, es del color mas subido. Las puntas van guarnecidas de encage negro. Un volante, de unos 45 centímetros de alto, de color verde mas claro, está colocado debajo de las puntas. El corpiño, verde claro, se cierra con botones mas ocuros. Este mismo verde oscuro figura, sobre el primer corpiño, un segundo corpiño casi escotado, recortado por delante en forma de presillas y cuadrado por abajo. Las mangas son verde oscuro, recortadas en puntas, debajo de las cuales corre un volante verde claro. El corpiño y las puntas de las mangas se guarnecen con un encage negro.

TRAGE DE MUARÉ ANTIQUÉ BLANCO, DE COLA. Lo bajo de la enagua está orlado por un volante de encage negro, de 45 centímetros de alto, puesto casi liso, y sobre él corre un entredos compuesto de dos ramas de follage. Este entredos sube sobre cada costura de los paños. Corpiño escotado, mangas cortas. El tocado se compone de una capucha española de encage negro, adornada en el lado izquierdo por claveles encarnados. La capucha forma una manteleta de cabos muy largos que pueden atarse por detrás; cubre una parte del corpiño, y se sujeta en el pecho con un ramo de claveles encarnados. Tres cintas estrechas de terciopelo negro separan el encage negro que rodea uno de los lados y el borde inferior del fondo propiamente dicho.

Solucion de la charada inserta en el n.º 49.

MARIANA.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España